

## “LAS SECRETAS NECESIDADES DEL CORAZÓN...”

SUSANA STROZZI\*

La interpretación es sentido  
y va contra la significación.

J. LAGAN

### Advertencia preliminar

El texto que sigue está pensado como un homenaje y también como un testimonio, por lo cual su forma no responde a lo que es habitual en las presentaciones académicas. La evasión de lo canónico no le resta, espero, la seriedad que el sujeto de mis consideraciones requiere. Con él se enlaza este escrito, tejido alrededor del punto común de la memoria que busca recuperar aquello que de lo real opera en cada uno. Tres tiempos cronológicos, dos memorias y un momento de la historia intelectual francesa configuran el orden escogido y prefiguran un sentido que, como es debido, sólo puede aparecer al final.

### Primer tiempo

Mi encuentro con Marc Bloch está marcado por el enigma de unos puntos suspensivos. Corrían los años de la década del 60 y mi ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires me enfrentó con la obligación de seguir dos cursos: uno de *Introducción a la Historia* y otro de *Introducción a la Filosofía*. En el primero, un prestigioso maestro me condujo a un libro de Bloch. Durante muchos años no recordé nada de aquel texto, con excepción de la frase final: “Se buscan...”

---

\* Universidad Central de Venezuela.

congelada por los puntos suspensivos que mi lectura había anudado inexorablemente a la nota entre corchetes al final del Apéndice firmado por Lucien Febvre.<sup>(1)</sup> Nota que dice: "Marc Bloch nació en Lyon el 6 de julio de 1886. Murió por su patria, fusilado por los alemanes, el 16 de junio de 1944, en un campo al norte de Lyon".

Aquello que me dejó entonces sin aliento, y por tantos años sin recordar el contenido de esas páginas, va mucho más allá de la simple imagería heroica del mito familiar en la cual los acontecimientos de las dos guerras mundiales se mezclaban con el sacrificio de Jean d'Arc y las aventuras de Bécassine, configurando un ideal donde convivían las insignias guerreras —Napoleón y la Marsellesa no estaban ausentes— con las remembranzas campesinas que evocaban las canciones de mi abuelo.

Lo que entonces no sabía es que mi olvido tenía otra fuente. Esa que, invariablemente, nos coloca a los humanos en la posición de no querer saber. ¿Saber acerca de qué? De aquello que nos causa, simplemente; de aquello que conduce a cada hombre y a cada mujer a enfrentarse con su deseo para poder asumirlo como propio y ordenar sus actos en consecuencia. Un ser fiel no a sí mismo sino al deseo inconsciente que lo habita en lo que de él se ha esclarecido. Aunque ese acto conduzca —como en el caso de Marc Bloch— a la propia muerte.

En efecto, cuando volví a leer —hace ya más de diez años— lo escrito en *Apologie de l'Histoire ou Métier d'historien*, encontré que el propio Bloch me lo decía: "...puesto que cada quien busca sus distracciones donde quiere... ¿por qué razón se han dedicado a la historia? Para quien no sea un tonto de marca mayor, todas las ciencias son interesantes. Pero cada sabio sólo encuentra una cuyo cultivo le divierte. Descubirla para consagrarse a ella es propiamente lo que se llama vocación".

Las *distracciones* son una de las construcciones auxiliares —las ortopedias se podría decir— indispensables para hacer llevadera la vida humana. Ellas cubren un amplio espectro y el uso del término "cultivo" es, a la vez, literal y metafórico en tanto cubren desde el cultivo de la huerta o el jardín, como enseñaba el *Candide* de Voltaire, hasta el cultivo mismo de las ciencias. No obstante, cuando el horror se hace presente en la dimensión individual o colectiva de la vida humana las distracciones ya no son suficientes. Es entonces cuando, para cada sujeto, se abre la dimensión ética que le permite escoger entre el acto por el cual asume la fidelidad al supremo bien que le es propio o la traición a su deseo.

En el caso de Marc Bloch no hay duda alguna. Los títulos que marcan su consagración al oficio escogido habían dibujado —hasta el verano de 1939— un mapa extenso: la historia rural francesa, los ciclos económicos y el movimiento de los precios, la sociedad feudal europea... Y un perfil de historiador, medievalista reconocido y distinguido, estudioso de las condiciones de vida y de la atmósfera mental de las épocas... Sin embargo, en la Francia ocupada de los años 40 la búsqueda del saber deja lugar a la búsqueda de la verdad. Una verdad que no

pasaba por el discurso académico. Se abrió, así, para Marc Bloch el camino de la resistencia, de las falsas identidades y de los nombres de guerra. El camino que lo llevó a la muerte. *Dilexit veritatem*.<sup>(2)</sup>

## Segundo tiempo

Entre 1941 y 1942, Marc Bloch escribe sus reflexiones acerca de la historia y de su propio oficio de historiador. Propósito muchas veces postergado, como recuerda Lucien Febvre, atestiguando su amargura en relación con la obra no realizada. Pero el tiempo parecía haberse acabado y el intento es ahora apenas un recurso más para conservar un cierto equilibrio del alma frente a las peores ansiedades personales y colectivas. El manuscrito quedará interrumpido. Y poco después, un fusilamiento insensato pondrá un sello definitivo a esas páginas. Paradójicamente ellas se convierten, a cuenta de esa insensatez, de testamento reverenciado de un hombre excepcional —que lo fue— en el programa aún vigente de su ciencia y en el testimonio luminoso de un autor.

Para la “historia historizante” que habían denunciado en su momento los fundadores de los *Annales*, el acontecimiento constituía la unidad temporal que la exploración de los archivos permitía restituir; luego, la crónica formaba la totalidad en la cual la construcción, por concatenación de los hechos tenidos por verdaderos, agotaba la descripción histórica. La explicación progresaba por acumulación de acontecimientos y de detalles novedosos. A este tramado, maniqueo y evenemenial, los *annalistas* oponían el vasto proyecto de una historia plural donde se estudiarían los modos de vida, los paisajes, las mentalidades, los sentimientos, las subjetividades colectivas y los grupos sociales, con la ayuda de una narración épica capaz de hacer revivir el imaginario de una época entera. El historiador, invitado por la escuela de los *Annales* a un trabajo de *comprensión*, adopta una marcha que va en sentido opuesto a la dirección tradicional. Cada momento, cualquiera sea su duración, combina una pluralidad de tiempos sociales de los cuales cada uno se despliega según ritmos y a una escala que le es propia. La explicación resulta, aquí, de un proceso de identificación y del desencajamiento recíproco de esas temporalidades múltiples. Procedimiento que nada postula en cuanto a la duración de la secuencia cronológica a explicar.

Sin entrar a considerar el tema de por sí complejo de las pluralidades temporales y de la duración de las secuencias —ciclos o tendencias— quiero subrayar solamente una consecuencia importante. Se trata de lo que en el plano historiográfico se registra como el éxito temático de las revoluciones pero que, en la dimensión epistemológica, significa acabar con las explicaciones fundamentadas en las acumulaciones progresivas para inclinarse a pensar los cambios en términos de rupturas, de discontinuidades radicales entre diferentes estructuras.

Dentro de este cuadro general ¿cómo resuelve Marc Bloch el problema del

*análisis histórico?* Su postura crítica frente al cartesianismo estrecho lo lleva a afirmar que todos los recortes —el económico, el político, el religioso— son sólo cómodos fantasmas. “El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, que lo reúne a la vez todo”. Pero, se pregunta, “cuando el mercader medieval, después de haber violado, a lo largo de todo el día, los mandamientos de la Iglesia acerca de la usura y el precio justo, iba a arrodillarse beatamente ante la imagen de Nuestra Señora y después, en el crepúsculo de la vida, acumulaba piadosas fundaciones limosneras”; ... ¿buscaba “la contratación de un vil seguro contra los rayos celestes, o la satisfacción, con esas explosiones de fe o de caridad, sin decírselo demasiado, de secretas necesidades del corazón ...?” Marc Bloch no ignora que, igual que un individuo, la civilización no tiene nada de “rompecabezas mecánicamente ajustado” y que “el conocimiento de los fragmentos estudiados sucesivamente, cada uno de por sí, no dará jamás el del conjunto”; ni siquiera el conocimiento de los fragmentos mismos. Pero el historiador escoge y entresaca y el trabajo de recomposición, que viene después del análisis, no es sino su prolongación, su razón de ser. ¿Cómo discernir los vínculos en la imagen primitiva, “contemplada más que observada?” Su delicada trama no puede aparecer sino después (que la mirada del historiador haya clasificado los hechos en agrupamientos específicos) y “no es necesario —subraya— pretender contemplarla entera. ¿Deseamos conocer de verdad ...a esos grandes mercaderes de la Europa del renacimiento, vendedores de paños o especias, acaparadores de cobre, mercurio o alumbre, banqueros de emperadores y reyes? Recordemos que se hacían retratar por Holbein, que leían a Erasmo o a Lutero”. Igualmente, “para comprender la actitud del vasallo medieval hacia su señor tendremos que informarnos también de su actitud hacia Dios...”

Claro que el anticartesianismo tiene sus límites. Así, y esto también lo dice Bloch, “de ahí a negar la unidad fundamental del yo... hay mucho trecho”. Sin embargo parece vacilar, ¿movido acaso por las experiencias que le tocó vivir? De manera que agrega: “Aun cuando los papeles alternativamente interpretados por un actor único parecen oponerse tan brutalmente como los personajes estereotipados de un melodrama, puede que, bien mirada esta antítesis, sea únicamente la máscara de una solidaridad más profunda”. Y si estas relaciones en escala colectiva no son sencillas, menos lo son en el seno de cualquier conciencia personal. Sólo que el historiador, “que no sale nunca del tiempo,... considera unas veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan la duración de parte a parte, y otras el momento humano en que estas corrientes se estrechan en la intrincada maraña de las conciencias”.

### Tercer tiempo

La creación, en 1929, de la *Revue des Annales d'histoire économique et sociale* por Marc Bloch y Lucien Febvre responde, sin lugar a dudas, a las preocupaciones de ambos

historiadores que recogían con su impulso las propuestas de contestación de Francois Simiand frente a los métodos positivistas de Lavisse y de Seignobos. Contestación sintetizada en la desacralización de los tres ídolos de la tradición historiográfica: el ídolo político, el ídolo individual y el ídolo cronológico.

Tampoco parece simple producto del azar que la creación de los *Annales* haya tenido lugar el mismo año que se produjo la gran crisis de Wall Street, la cual sumada a la tragedia de la Gran Guerra y a la miseria de los años inmediatamente posteriores dejaba asomar una interrogación angustiosa sobre la noción de progreso heredada de la Ilustración y protagonista indiscutible de la ideología del siglo XIX.

La revolución de los *Annales*, por otra parte, iba en el sentido de una deconstrucción espacial y temporal del sujeto que no es para nada ajena a las elaboraciones husserlianas ni a la propia teoría de la relatividad anunciada por Einstein a comienzos del siglo actual. Así, el hombre de la "nueva historia" es un hombre despojado de la dirección de su destino, encuadrado como estaba entre un tiempo social y un tiempo geográfico que no correspondían ya a las dimensiones de su persona.

Un examen más cuidadoso del ambiente intelectual de Francia en los años 30 permite establecer unas vinculaciones que ayudan a penetrar mejor en la fuerza y las debilidades de la propuesta de los *Annales*. En este sentido hay que señalar, en primer lugar, la importancia de una figura, la de Alexandre Koyré, que contemporáneamente a la obra de Bloch y de Febvre, oponía a los estudios apoyados en la cronología de los orígenes y de las filiaciones, una historia filosófica de las ciencias no reducible al mero encadenamiento interno de los hechos científicos sino englobante de todas las concepciones religiosas y mentales de una época. Las ideas de Koyré, que harán de él uno de los más grandes historiadores de las ciencias, empezaron a ser llevadas a la práctica con sus estudios sobre Galileo, comenzados hacia 1935, y donde muestra que el movimiento de renovación científica que condujo a la destrucción del cosmos medieval estaba inspirado por una oposición filosófica entre el platonismo y el aristotelismo a propósito del papel jugado por las matemáticas para la comprensión del mundo. El hombre del orden nuevo galileano había sido desalojado de su posición central en el universo y, contrariamente al escenario encantado del mundo medieval en el cual la verdad venía de Dios por medio de la revelación, se encontraba ahora con un mundo infinito donde quedaba abandonado a su propia razón y también a su incertidumbre y a su desarrollo. Este sujeto teorizado por Koyré encuentra en el *cogito* cartesiano la traducción filosófica que lo constituye en el sujeto de la ciencia moderna. Y es precisamente Husserl, de quien Koyré había sido alumno, quien destaca el papel del *cogito* en la construcción del mundo, revelando con ello el carácter de sujeto dividido que padece el protagonista de la modernidad.<sup>(3)</sup>

Sobre todo a partir de sus famosas conferencias —las *Meditaciones cartesianas*— dictadas en la Sociedad Francesa de Filosofía en 1929, Husserl —leído junto con el Heidegger del *Ser y Tiempo*— se había convertido en una referencia mayor para la

*intelligentsia* francesa que podía gracias a ellos situar en el corazón del sujeto humano la cuestión del patetismo existencial y de las hendiduras del ser. Si esto tenía el peligro de conducir a una crítica a la idea de progreso que podía desembocar en un rechazo de los valores democráticos en nombre de un retorno a las raíces originales del ser o en el surgimiento de una *nada* como símbolo trágico de la finitud mortal de la existencia humana, también hacía posible abrir nuevos caminos a la razón moderna. Es de este lado, precisamente, donde se ubica el proyecto de construir una filosofía del saber y de la racionalidad. Proyecto donde cabe la "nueva historia". Proyecto donde no sólo se leen los nombres de Koyré y de Georges Canguilhem. Proyecto al cual se puede adscribir, finalmente, la creación de los *annalistes*.

Concluido el recorrido, cabe ahora la pregunta: frente al enigma del sujeto y su inadecuación consigo mismo y con los demás, ¿qué puede hacer un historiador?

Marc Bloch nos lo muestra, no obstante su reivindicación cartesiana de la unidad del yo que lo inscribe, como es lógico, en el discurso de la ciencia. Nos lo muestra en ese último gesto, el que le permite vislumbrar en el sujeto la huella donde lo que la hace está borrado y donde lo que aparece como mensaje es la obra incompleta del historiador.

Una obra que se convierte, así, en su propia interpretación.

## NOTAS

(1) Esta referencia, así como la cita que aparece a continuación e igualmente las que siguen en el texto, corresponden a la edición de *Apologie de l'Histoire ou Métier d'historien* que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1949 con el insatisfactorio título de *Introducción a la Historia*.

(2) Son las palabras que M. Bloch quería que se grabaran en su epitafio, según escribe en su testamento fechado en Clermont-Ferrand el 18 de marzo de 1941.

(3) Es la división del sujeto, la *Spaltung* freudiana, que asume en el psicoanálisis un carácter estructural.